

De Río a Johannesburgo

“Promesas incumplidas” podría ser la frase que resumiese los diez años transcurridos desde que la conciencia humana creyese conveniente, no después de pocas rogativas y a pesar del sentido común, atajar las miserias que el mundo venía padeciendo. Río de Janeiro era el escenario, la mayoría de las naciones, ONGs y agrupaciones humanitarias de diferentes ámbitos, se reunían para hablar, dialogar y erradicar los males que estaban asolando el planeta. Por primera vez existía un consenso mundial encaminado a la búsqueda de soluciones para problemas globales. Un primer paso que se vio como positivo y en el que la esperanza asumía todo su significado.

Hoy, una década después, Johannesburgo es el lugar elegido para continuar con la titánica labor de conseguir el tan ansiado, y justo, “Equilibrio Sostenido”. Países “ricos” y países “pobres” exponen sus planteamientos a la vez que intereses que, en ocasiones tangencialmente opuestos, deben llegar a un entendimiento solidario.

Dar y recibir. ¿Tan difícil como para permitir que 100.000 personas se mueran de hambre cada día, o que el SIDA pueda terminar con altos porcentajes de población en el África Subsahariana, o que el medio ambiente (*eso en donde vivimos*) se convierta en moneda de cambio a favor de succulentas participaciones monetarias?... Pues sí. Los resultados de las negociaciones van tan despacio que incluso personalidades de la talla de Kofi Annan afirman que las “expectativas de la gente habían sido demasiado altas”. Ilusorio. Resulta absurdo creer que en un planeta en el que, según el Programa Alimentario Mundial, hay suficientes recursos para alimentar a 12.000 millones de personas se pueda evitar que 2.400 millones vivan en la más estricta pobreza.

Discursos sobre condonaciones de deudas, problemas medioambientales, la malnutrición, el SIDA, derechos humanos... demasiados y complejos temas para tanta imposición partidista.

Son 191. Ciento noventa y un países para conseguir que **todos** tengamos un derecho tan básico como imprescindible, el derecho a un futuro, el derecho a soñar.

Un asunto de prioridades en el que el ámbito educativo no puede ni debe estar de mero “oyente”, afligido pero pasivo. La escuela en su carácter universal ostenta una importante herramienta para colaborar en la consecución, nada utópica por otra parte, de que el “Equilibrio Sostenido” sea una “promesa cumplida”. No todo vende igual, pero ante canalladas como las que acontecen a nuestro alrededor y de la que nadie está del todo libre, ni física ni mucho menos moralmente, plantearse qué hacen nuestras escuelas seguramente sería un buen comienzo. La visión de que la educación no todo lo puede no es excusa para continuar observando, lamentando y creyendo que son “los otros” los que deben abordar problemas que afectan a **todos**.

Simplificar la labor de los centros en efemérides minimiza un problema que para nada es menor. Hay que preguntarse si los currículos están articulados de modo que quepa en ellos la posibilidad de una programación que sí considere los valores universales como pilar constitutivo.

Johannesburgo es cumbre de ideas y de ilusiones, tarea de todos es contribuir a lograr un consenso digno de realizarse entre personas y para personas. ■